

cuando así lo indicaba urgentemente la ciencia de la guerra en sus principios más elementales. La prueba que voy á dar es concluyente : el primer número del « *Boletín de Noticias* », de Querétaro, contiene la carta del General Márquez, de 19 de Febrero de 1867, dirigida al jefe del gobierno en México, Don Teodosio Lares, que dice á la letra : « El General Méndez, con 5,000 hombres tan aguerridos como famosos, ha llegado hoy á Celaya y estará mañana en el Cuartel General. Con este ejército y los otros Cuerpos que deben reunirse ahí, compondremos una fuerza á la cual el enemigo no podrá resistir. Quiera Dios cegarle hasta el punto de que nos haga frente. Podremos entonces, como de costumbre, darle una buena lección; *pero aun en el caso de que no quisiese esperarnos*, continuaremos nuestros movimientos de una manera conveniente para alcanzar el resultado deseado... »

El *Boletín de Noticias*, de Querétaro, tenía carácter oficial y al escribir en dicho periódico el General Márquez al jefe del Ministerio Lares, que se tomaría la ofensiva y ofreciendo el triunfo completo, resulta probada la falsedad de la afirmación de Maximiliano, de que su jefe de Estado Mayor le aconsejaba la defensiva en Querétaro. La carta de Márquez á Lares tiene la fecha del día en que Maximiliano llegó á Querétaro procedente de México.

Márquez dice : « Yo había suplicado al Empera-

dor que, sin detenernos en Querétaro, siguiéramos con todas las tropas á buscar al enemigo y el mismo Arellano, que ahora me calumnia, fué testigo de que llevé al soberano el plano de los caminos que debíamos seguir, con expresión de sus jornadas, distancias y todos sus detalles (1) ».

La salida no se verificó, según Márquez, porque « no teníamos las municiones indispensables para librar un combate, como lo afirma el mismo Arellano, que veía entonces mi empeño por salir á toda costa (2) ». En efecto, Arellano asegura que al llegar Maximiliano á Querétaro no había municiones ni para una batalla común (3). Después se verá que aun cuando las municiones hubieran sobrado, no habría tenido efecto la salida; pues quien no quería el choque con las fuerzas liberales era Maximiliano.

*
* *

Arellano se dedicó con empeño á fabricar las municiones que faltaban para entrar inmediatamente en campaña, como él mismo lo asegura, y habiendo terminado las necesarias para una gran batalla, manifestó que el día 26 del mismo mes de Febrero,

(1) Márquez, *Refutación al libelo de Arellano*, pág. 49.

(2) Márquez, *Refutación*, pág. 49.

(3) Arellano, *Últimas horas del Imperio*, pág. 39.

se podía dejar á Querétaro y marchar sobre el enemigo antes de que se concentrase.

« Entretanto que yo trabajaba de este modo (por la ofensiva inmediata), el General Mejía, por el amor que tenía á Querétaro, y las personas más influyentes en aquella población, por su propia conveniencia, suplicaban constantemente al soberano que no abandonase la ciudad, haciéndole creer que sería incendiada y saqueada (1). » ¿Es posible que Maximiliano, dejase de ejecutar la única operación estratégica capaz de salvar al Imperio ó de darle algunos años de vida en obsequio de la necesidad, pues no se debe calificar de otra manera la exigencia de las personas influyentes de Querétaro? No hay caso de que un general haya perdido una campaña en que se jugaba la suerte de un imperio, por acceder á la súplica de los habitantes influyentes de una población para que no se moviese en cumplimiento de los preceptos de la ciencia de la guerra.

Por supuesto que Maximiliano, como lo que no quería era salir á dar batallas en aquellos días, accedió á la súplica estúpida que se le hacía, pues Márquez escribe : « S. M. movido por las personas que antes he dicho, quiso esperar las tropas de la Sierra (2) ».

« Cuando el Emperador, agrega Márquez, can-

(1) Márquez, *Refutación*, pág. 49.

(2) Márquez, pág. 53.

sado de esperar al General Olvera y sabiendo que el enemigo estaba ya en Celaya y en San Miguel de Allende, vió que se aproximaba el rompimiento de las hostilidades, resolvió marchar al encuentro de sus contrarios y dió la orden para salir, dejando en la plaza una pequeña guarnición á las órdenes del General Calvo. Llegó el momento de emprender el movimiento; lo comenzó el General Miramón con la infantería, en la inteligencia de que había de continuar hasta encontrar al enemigo. El Emperador marchó en seguida y antes de llegar á la garita de Celaya, el General Miramón vino á su encuentro y le dijo : « Mi descubierta se ha batido ya con el enemigo que tenemos al frente; en consecuencia he formado aquí, estableciendo mi centro en el cerro de las Campanas y prolongándome á derecha é izquierda... Si Miramón hubiera avanzado siquiera media legua más, se habría comprometido una batalla campal, y todo se hubiera terminado aquel mismo día de una manera feliz para nosotros (1) »...

Hasta el 8 de Marzo, el General Corona se presentó al frente de Querétaro, apoyándose en el ejército del Norte; de manera que Maximiliano esperó diez días contados desde el 26 de Febrero, la llegada de los 300 hombres de Olvera para determinarse á salir de Querétaro, y viendo que no llegaba, dispuso

(1) Márquez, pág. 67.

que una pequeña guarnición á las órdenes del General Calvo permaneciera en la ciudad, mientras el ejército imperial salía al encuentro del enemigo. Esto mismo pudo hacerse desde el día 26 de Febrero y el ejército imperial habría encontrado sólo en Celaya al General Corona con 7,000 hombres, de los cuales apenas la mitad eran capaces de combatir. Estos acontecimientos no eran torpezas, ni vacilaciones de Maximiliano, sino el cumplimiento de su indecoroso y secreto programa.

*
**

En la carta del 9 de Febrero de 1867, Maximiliano escribía á Lares: « El Imperio no cuenta con la fuerza moral ni con la material; los hombres y el dinero le huyen y la opinión se pronuncia de todos modos en su contra ». Dos días después, según Basch, « con gusto y lleno de esperanzas en el porvenir, se ocupó Maximiliano de los preparativos de esta expedición (el viaje á Querétaro) (1) ». Para cambiar tan radicalmente su pensamiento habían bastado « por las noticias que se recibieron acerca del mal estado de las tropas de Juárez y la incapacidad de sus jefes, no era de esperarse que la guerra se prolongara (2) ». Como no hubo aconte-

(1) Basch, pág. 129.

(2) Basch, pág. 129.

cimientos desfavorables para los republicanos después de la Quemada, las noticias alentadoras han de haber sido fraguadas por el gabinete Lares para tonificar las resoluciones del Emperador.

Al llegar á Querétaro Maximiliano, su espíritu debe haber reaccionado hacia el pesimismo ó por mejor decir, hacia la triste realidad. « Méndez, después de abandonar á Michoacán, había llegado á Querétaro *profundamente desmoralizado*. Propuso al Emperador dirigirse inmediatamente á Veracruz, abdicar allí y abandonar el país... Su desmoralización llegó á tal punto que le hizo bajar en el favor imperial, pues Maximiliano con motivo de esa desmoralización se vió obligado á tratarle con una dureza muy ajena de su carácter. Resuelto Maximiliano á combatir gloriosamente, resolvió separar á Méndez, cuyas ideas lúgubres y de desmoralización podían ser contagiosas (1) ».

El General Mejía en su primer interrogatorio confiesa á su fiscal Don Manuel Aspíroz que vió irremisiblemente perdido el Imperio después de la partida de los franceses y que sólo por compromiso continuó sosteniéndolo. El defensor del General Mejía ante el tribunal militar que lo condenó á muerte, decía refiriéndose á su defenso: « Se encontró en el sitio de Querétaro contra su deseo; y

(1) Ramírez Arellano, *Últimas horas del Imperio*, pág. 73.

sin otro estímulo que ser fiel á las leyes del honor militar. Había llegado á entrever la ruina del Imperio; admitió el designio de retirarse á la vida privada; renunció varias veces su puesto en la milicia; pero desatendida su renuncia, le quedaba el medio de la deserción que reputó indigno de su clase y prefirió ceder á la fatalidad de su destino (1).

En mi concepto, Méndez y Mejía no estaban desmoralizados sino razonables. Si el cochero de un fiacre marchando sobre una vía férrea, huye de ella al ver á lo lejos venir un tren á gran velocidad, no puede calificarse á aquel cochero de desmoralizado. Por el contrario, si el mismo cochero huye al ver venir sobre él á un humilde ciclista, prueba con ello su desmoralización. El hombre de fe se coloca fuera de la razón, como el hombre desmoralizado. Los hombres de fe han obtenido éxitos inesperados; pero más grande ha sido el número de sus fracasos. En las circunstancias críticas, violentas, oscuras, los únicos útiles son los hombres de razón.

Márquez era un fanático por su causa y en consecuencia un ciego incurable. Miramón era presuntuoso como Napoleón I y tal vez más, pues según el padre Ladrón de Guevara, que le administró los auxilios religiosos para que fuera al cadalso,

(1) Juan D. Arias, *Reseña del Ejército del Norte*, pág. 439.

le dijo el General repentinamente: « Ciertamente si el Emperador me hubiese acordado su confianza, no perecería en el cadalso, el Imperio no caería y la patria tendría otro porvenir; pero Dios lo ha querido así. ¡Pobre Emperador (1)! ». Si se hubieran seguido los consejos de Miramón y, sobre todo, los del General Márquez, el Imperio hubiera podido prolongarse algunos años, pues imposible es desconocer que el ejército de Querétaro estuvo en aptitud de acabar primero con Corona y después con Escobedo, si se les hubiera impedido reunirse.

Méndez y Mejía no habían pasado en Europa, la época de lucha entre ochenta mil imperiales, franceses, austriacos, belgas y mexicanos, contra un puñado de héroes republicanos infatigables, irreducibles, enérgicos como la desesperación, hábiles, intransigentes y convertidos en militares á fuerza de derrotas, de sufrimientos, de desastres. Méndez y Mejía habían visto que los ochenta mil hombres sostenidos con millones y con la opinión de la mayoría nacional, favorable al principio al Imperio, no habían podido destruirlos. No hubo un solo día que dejara de caer sangre republicana sobre el trono de Maximiliano. Méndez y Mejía debían considerar como insensatos á Miramón y á

(1) *El General Miramón*, por Víctor Darán, pág. 247.

Márquez, convencidos de que con quince mil hombres en la miseria, con buenos jefes, convertidos en malos por sus envidias, intrigas y ambiciones, con la opinión nacional desfavorable y teniendo en contra el terrible poder cacical, más la política norteamericana que podía dar grandes recursos materiales á Juárez, se podía establecer el Imperio con sólo ganar una, dos ó tres batallas. En una guerra civil, el partido que resiste á las derrotas es el vencedor por la fuerza de la ley histórica. El partido republicano había probado demasiado su resistencia contra los desastres militares. Los azares de la guerra no podían soltar la bola negra del exterminio en su destino.

Mejía, en Matamoros, había visto obrar bien, con energía y habilidad á los jefes liberales que lo habían obligado á capitular. Había llevado en lo mejor de sus tropas, el golpe fuerte de Santa Gertrudis, no era posible que creyera como Miramón y Márquez, que en Matamoros y en Santa Gertrudis, el Imperio había perdido sus mejores tropas, bajo el empuje de partidas de malhechores sin valor y sin programa.

Los caudillos imperiales Miramón y Márquez no pensaban que el Imperio había representado la salvación contra la anarquía, la miseria pública y la prostitución del Estado y que en 1867 sólo representaba la decepción, un escombros sin grandeza,

un recuerdo sin dignidad, la ruina de una corte marcial y los fragmentos de la más siniestra bancarrota. El partido conservador cometía, en 1867, la falta colosal de 1858 : ofrecía al país simplemente la negación de los principios liberales, lo que no podía aceptarse como un programa. ¿Qué había representado el gobierno de Miramón? La omnipotencia demente, feroz y tétrica del cuartel. ¿Qué representaba Maximiliano? La debilidad azotada por todos los huracanes de todas las malas pasiones políticas. Se hablaba de Imperio, pero el Imperio no aparecía como la ley, ni como la fuerza, ni como la tiranía, ni como el orden, ni mucho menos como la libertad; el Imperio se presentaba sólo como un hombre caprichoso, inconsecuente, mentalmente desorganizado, inflexible sólo para su ambición y, sobre todo, como un extranjero indiferente á la suerte de una nación que no era su patria. México hasta entonces sólo había tenido por gobernantes, soñadores demócratas ó dictadores sin pudor. Maximiliano empeoraba la situación.

Sea como fuere, lo que Arellano llamaba la desmoralización de Méndez y Mejía debió haber servido para que Maximiliano, retirándose de las ilusiones sugeridas por el Ministerio Lares, volviese al programa de la carta ministerial de 10 de Febrero y procurase el arreglo inmediato con Juárez.

Basch, copia de los *Apuntes* de Maximiliano es-

tas palabras : « *Envío de García con el hijo de Iglesias cerca de Juárez* (1) ». Y Basch añade estas palabras interesantísimas : « Este envío de García tuvo lugar ya que estábamos en Querétaro (2) ».

Es claro que mientras *García* fué á ver á Juárez, comisionado por Maximiliano, éste se ha de haber opuesto á toda salida de Querétaro con el objeto de dar batalla campal. Esto explica porqué el Archiduque consideró impedimento serio, abandonar á Querétaro á su propia suerte y porqué no discurrió el día 26 de Febrero, lo que discurrió el 5 de Marzo : dejar en Querétaro una pequeña guarnición á las órdenes del General Calvo y él marchar con más de 8,000 hombres sobre el enemigo.

*
*
*

¿Cuándo apareció Maximiliano enteramente convencido de que era imposible un arreglo con Juárez? Hay un documento intachable que lo enseña correctamente : la carta dirigida por Maximiliano el 2 de Marzo de 1867, á su Ministro García Aguirre, que estaba á su lado en Querétaro, carta que fué publicada en el *Boletín de Noticias* y en la que se lee : « No es posible por tanto contar con ellos (los republicanos); el deber nos obliga á obrar

(1) y (2) Basch, pág. 222.

con toda energía, para restituir al pueblo la libertad lo más pronto posible, con el objeto de que pueda expresar libre y francamente su voluntad (1) ». El plan de Maximiliano ese día, 2 de Marzo, había cambiado, y era destruir á los republicanos y convocar una asamblea, no obstante haber dicho en su citada carta á Lares, de 9 de Febrero de 1867 : « El momento de emplear este medio (la convocación de la asamblea) ha pasado; debemos renunciarlo para siempre (2) ». Maximiliano llegó á Querétaro en la mañana del 19 de Febrero de 1867, y tuvo tiempo hasta el 2 de Marzo, de haber enviado á García á San Luis y de obtener la terminante negativa de Juárez para tratar. Entonces, como se ha visto por lo que afirma Márquez, sin ser desmentido por Arellano, Maximiliano ordenó á Miramón tomar la ofensiva y este jefe comenzaba á verificarlo cuando su descubierta se batió con la del enemigo; desplegándose entonces en batalla, eligiendo como centro el cerro de las Campanas. Para el gran golpe era tarde; los Generales Corona y Escobedo estaban ya reunidos, sin embargo era más militar y más racional dar en ese momento la batalla con 9,000 imperiales y contra 16,000 republicanos, que encerrarse en Querétaro.

Está bien probado que Maximiliano fué el ver-

(1) Basch, pág. 157.

(2) Masseras, pág. 163.